

PACIENTES

ANABEL ZAFRA y LUIS GARCÍA

30 y 32 años / Casados y con un hijo

> **NEGLIGENCIA.** El bebé falleció en el parto por una imprudencia grave. Sufrió rotura del temporal, parietal, cervicales, hemorragia masiva cerebral y otras lesiones

> **SENTENCIA.** Condenatoria. Un año de prisión y tres de inhabilitación para el ginecólogo. Indemnización por determinar

Cuando dar a luz deja todo a oscuras

Dos veces pidieron una cesárea que se les negó. El bebé duró vivo 40 minutos

PEDRO SIMÓN
Monserrat (Valencia)

Todo iba a venir con Yerai. El chalé a estrenar, el ventanal con vistas a un nido, el uniforme minúsculo del Valencia CF, el sueño hecho carne de Luis y Anabel. Pero Yerai duró apenas 40 minutos. Por ahí se fue esta historia. Por ahí casi se va todo.

Primero, con la depresión de la madre. Luego, con la depresión del padre. Fue por lo que hicieron con Yerai en el parto. Rotura de parietal y temporal, hemorragia masiva cerebral, desgarro del esternocleidomastoideo, fractura de una vértebra cervical, fractura del tercio medio del húmero derecho, el largo etcétera de lo que hicieron con Yerai en el parto.

El camionero Luis y la operaria de cosméticos Anabel se casaron con veintitantos. De tanto verse creciendo juntos en las calles de Torrente, les salió un amor en medio de la huerta.

Las llaves del chalé se las iban a dar en septiembre. El nacimiento estaba previsto para agosto. Así que hablaron con el constructor para adelantar la entrega a julio. Luis aparcó el camión 15 días, agarró pintura y brochas, y aquella habitación luminosa quedó como la Warner y Disneyland juntos. Les faltaba el ratón Mickey. Por ahí venía en las entrañas de Anabel.

Con 30 kilos de sobrepeso durante el embarazo y el bebé rebasando los 4,2 a un mes vista del alumbramiento, ella llegó a la consulta más rebosante por abajo que por arriba, con la cara demudada en cansancio y preocupación. Las primerizas, ya se sabe. —¿Por qué no le hacen una cesárea? —inquirió su madre.

—No, no, éste en una semana sale. Es muy grande.

Así que se desbordaron los plazos, como todo lo demás. Era 28 de agosto de 2006, ingresaba la parturienta en la clínica privada y Luis le dio un fuerte apretón de manos, como cuando corrían juntos por la vega y jugaban a imaginar cómo sería el día en que fueran papás.

—Había pasado un mes desde la consulta aquella. Yo apenas po-

día andar por entonces. Entré al paritorio—nos cuenta Anabel—, la matrona decía que le preocupaba que el niño no cupiera por ahí. Pesaba 4,5 kilos. Era tan grande que no bajaba. Me pusieron en el potro. Se me subían encima y apretaban. Una y otra vez. Una y otra vez. Me quejaba porque me dolía mucho, aún con la epidural. El ginecólogo me gritaba que me callase, que si quería que sacasen a mi hijo, que me callase. La cabeza no salía por el conducto del parto. Algo no iba bien.

—Dos veces les pedí que hicieran la cesárea, y ni me contestaban —recuerda Luis—. Vi cómo le aplastaban la cabeza. Probaron hasta tres especialistas tirando, subiéndose encima, y nada. Le bajaron a la fuerza porque no cabía.

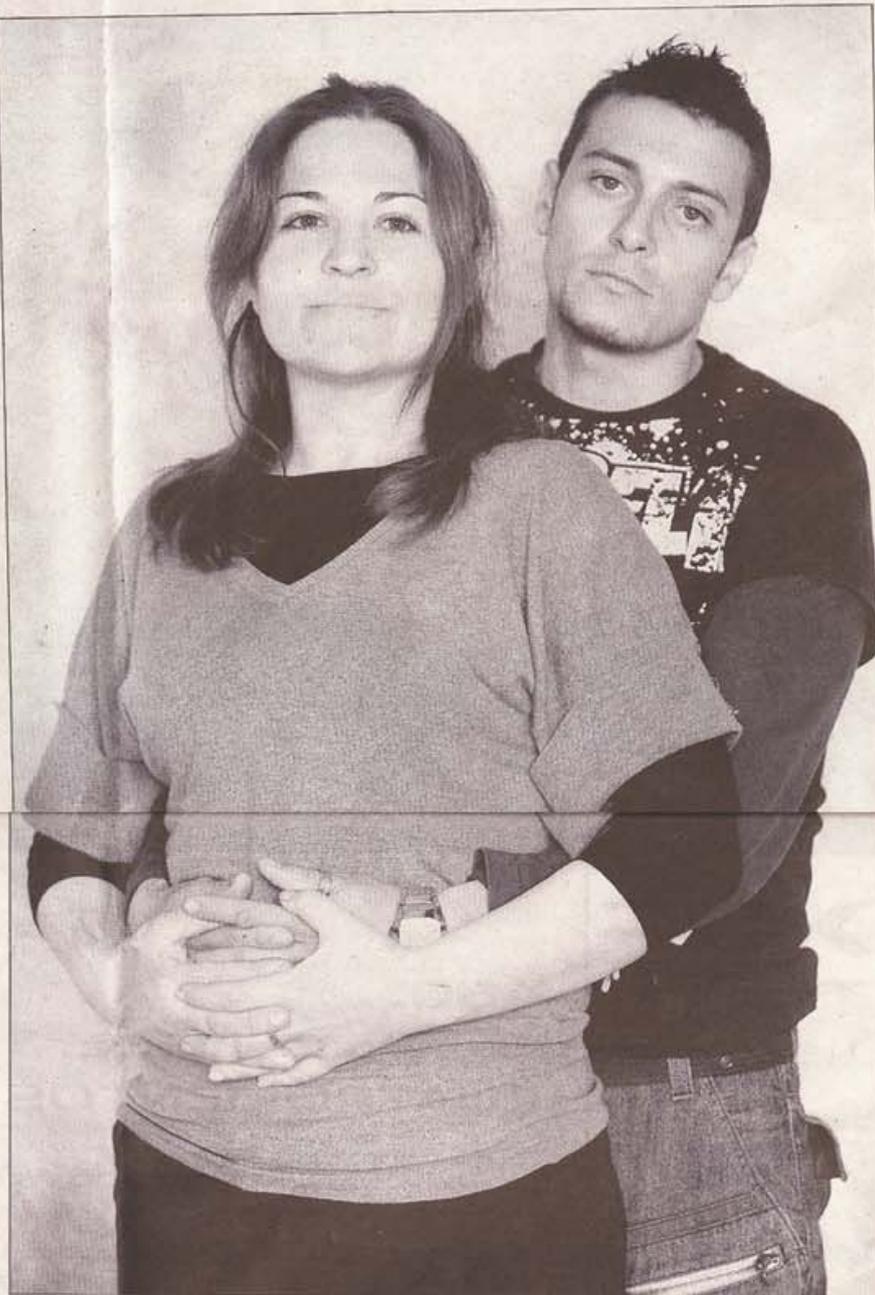
«Se me subían encima y apretaban. El ginecólogo gritaba que, si quería el niño, que me callase»

El doctor no hizo una pelvimetría para ver si el cráneo salía por el canal del parto, dice el juez

Cuando todo se volvió negro y echaron al padre del quirófano («¿qué hace este hombre aquí?, sacadle fuera»), Luis se quedó tras la puerta escuchando. En ningún momento oyó llorar a Yerai. Luego sabría por qué.

Se fueron de vuelta a casa con la canastilla sin estrenar. El crío nació, por decir algo, a las 13.30 horas. Falleció a las 14.10. Fue como un soplo. Sus cenizas están bajo la palmera que plantó Luis en el patio, nada más regresar del funeral.

Al réquiem acudió a solas Luis, porque Anabel estaba pero no estaba. Se quedó en casa sin querer salir, como al mes siguiente, como al otro, como al otro. Renqueante y hueca, lo primero que hizo Anabel fue arrastrarse hasta



BENITO PAJARES

la habitación que parecía la Warner y Disneyland juntos, deshacer el hatillo de patucos y cremas, ponerse a esperar. Cuenta ahora que pensaba que se lo iban a traer.

«Estuvo tres meses sin moverse, llorando siempre, decía que no estaba el chico», comenta Luis. «Dejó hasta el trabajo. Se sentía responsable de la muerte porque una matrona le dijo que era culpa suya, por darle tanto de comer».

Cuando a los pocos meses, ella le comunicó el segundo embarazo, Luis se puso a llorar «de alegría» y «de miedo». Anabel, sólo «de miedo». Cuando al cabo de 37 semanas dio a luz a Izan mediante cesárea y se lo trajeron, ella decía que ése no era el suyo. Que el suyo no lloraba.

El juicio fue en diciembre. Antes de salir, Luis fue a hablarle a la palmera. Anabel entró temblando como una hoja y allí estaba el acusado sonriendo como un Dios falible. Dijo que tenía la «conciencia tranquila» y que esta-

ba «seguro» de su «buena labor». Luego habló el juez.

«No hace falta ser un especialista para darse cuenta de ese riesgo inminente [el de la muerte], ya que incluso el propio padre de la criatura, presente en el parto, sugirió en dos ocasiones la cesárea», recoge la sentencia del Juzgado de lo Penal número 1 de Valencia. «Hay una actitud carente de cualquier autocritica» del doctor. «El acusado omitió las más elementales precauciones del diagnóstico y tratamiento, extrayendo la cabeza del niño violentamente y con fuerza descomunada».

No se le realizó una pelvimetría a la madre embarazada ni una medición craneal al hijo para determinar si cabía por el canal del parto. No se optó por «la solución mucho más segura de la cesárea». Se utilizó «demasiado pronto» la ventosa, «forzando el paso de la cabeza del feto». Todo conllevó al encajamiento del feto «que degeneró en múltiples lesiones». Sólo hay «inanidad en las

explicaciones» del ginecólogo.

Quería sembrar flores Luis la tarde en que hablamos y resulta que cayó granizo. La pareja dice que jamás hubieran denunciado si aquel hombre les hubiera pedido perdón, que en casa siguen siendo cuatro y que todos los 28 de agosto van abrazar al árbol que domina el patio.

Todos los días, Luis coge la ecografía en 3-D que aún conserva y le cuenta a Yerai. Que si lo de la sentencia ganada. Que si lo de la pifia que ha hecho el hermano. Que si lo del robo del Alefi en la Copa. Que si el pájaro ha vuelto a hacer el nido. Que no te imaginas cómo está de grande la palmera. Todo va a venir con Yerai. Todo va a venir con Izan. Cumple tres años en julio. Amunt, chicos.

ORBYT.es

>Vea hoy en EL MUNDO en Orbyt el vídeo testimonio de Anabel y Luis.